

LOS MEJORES RELATOS DE MUERTOS VIVIENTES DE



(ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE ESCRITORES DE TERROR)

COORDINADA POR JUAN DE DIOS GARDUÑO Y ÁLVARO FUENTES

ANTOLOGÍA



VOLUMEN 2

DOLMEN
EDITORIAL

ANTOLOGÍA Z #2: LOS MEJORES RELATOS DE MUERTOS VIVIENTES

Por: Asociación Española de Escritores de Terror (NOCTE)

© 2010 de la presente edición T. Dolmen Editorial sobre la presente edición

Primera edición: Junio 2010

ISBN: 978-84-937544-6-4

Depósito Legal:

C/Mateu Obrador nº 1, bajos

07011 Palma de Mallorca

dolmen@dolmeneditorial.com

Director colección: Álvaro Fuentes.

Corrección: Elsa Otero.

Maquetación interior: Llorenç P. B.

Diseño y dibujo de portada: Alejandro Colucci.

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida ni distribuida por sistema electrónico o mecánico alguno sin previa autorización escrita de su propietario o del editor, salvo para uso informativo. Todos los personajes y sucesos en esta publicación, más allá de los que son claramente del dominio público, son ficticios y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Precio en Canarias, Ceuta y Melilla incluye gastos de transporte. Dirección: Sandro Mena. Editor: Vicente García.

LA PRIMERA RESURRECCIÓN

Rubén Serrano

«La tierra tembló, las rocas se partieron, las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron. Éstos salieron de las sepulturas, fueron a la Ciudad Santa y se aparecieron a mucha gente.

El centurión y los soldados que custodiaban a Jesús, al ver el temblor y todo lo que estaba pasando, se llenaron de terror...»

Mateo, 27: 52-54

—Bienaventurados los pobres en espíritu —pronunció Jesús ante los numerosos seguidores que ese día se habían congregado para recibir sus enseñanzas—, pues de ellos es el Reino de los Cielos.

Era tal la multitud que se había reunido, que había optado por subir a un monte cercano para que todos pudieran escucharlo. Y allí, sentado sobre una roca y hablando con autoridad, como un nuevo Moisés en la montaña, trató de instruir a sus seguidores.

—Bienaventurados los pacíficos, porque heredarán la tierra.

Jesús se sentía satisfecho al ver a la muchedumbre congregada ante él. Había comenzado siendo un sencillo predicador itinerante, como muchos otros, hasta conseguir destacar por encima de los demás. En poco más de dos años, se había convertido en un conocido maestro de moral, que había alcanzado fama en la región como sanador y exorcista mientras recorría las ciudades y los pueblos predicando y anunciando la llegada del Reino de Dios.

—Bienaventurados los que lloran —continuó diciendo—, porque recibirán consuelo.

Gentes de Galilea, de la Decápolis, de Judea, de Jerusalén y de la Transjordania llegaban hasta él, casi siempre para pedirle que expulsase el mal de sus cuerpos. Y él accedía, imponiendo sus manos sobre esas personas y pronunciando unas palabras, devolviéndoles con ello la dicha... Como la joven María de Magdala, sentada en ese momento a sus pies: nada menos que siete «demonios» había sacado Jesús de su cuerpo con una simple orden. Su amor sanador y liberador había expulsado el mal que la atormentaba.

Para ella, estaba claro que aquel hombre era el Mesías y que el espíritu de Dios residía en él. Y a partir de ese momento, María había dedicado su apasionado fervor a ayudar al Salvador. Ella, que tan bien situada estaba y que había seducido a tantos hombres con su hermosura y encanto, se había desprendido de su vida anterior para honrar al divino maestro con servicio humilde y adoración, y permanecía con las mujeres que seguían a Jesús y sus discípulos.

– Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia – insistió el profeta –, porque serán saciados.

María contemplaba los gestos del Hijo de Dios mientras escuchaba, encandilada, sus apasionadas palabras.

– Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.

Sus bellos e hipnotizantes ojos irradiaban una profunda sabiduría que fascinaba a todos los presentes.

– Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios – anunció.

Y María, al observar a aquellos que se congregaban para escucharlo, se dio cuenta de que su sola presencia provocaba en las personas una alegría liberadora.

– Bienaventurados los que padecen persecución, porque de ellos es el Reino de los Cielos... – fue concluyendo Jesús –. Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y os ca-

lumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el Cielo.

María no entendió muy bien a qué se refería el Maestro, pero se percató de que aquellas palabras parecían encerrar un funesto presagio.

El día amaneció claro y resplandeciente en Cafarnaún, una ciudad situada a orillas del lago Tiberiades, limítrofe con el país de Gaulanítide, donde Jesús gustaba de ir a predicar. Por allí transitaba mucha gente, ya que era un lugar de paso muy comercial al encontrarse en una vía principal que conducía de Beisán a Damasco.

—El Padre Celestial y Eterno no es sólo el Dios de Israel, sino el de todos los pueblos, el de todos los hombres. Todos están llamados a la Casa del Padre... —proclamó a viva voz ante el gentío que se había reunido a su alrededor.

A María, seguidora devota y fiel, le encantaba escuchar las atrevidas aseveraciones del Maestro, que tanto escandalizaban a algunos.

—Dios no está encerrado dentro del templo ni sometido al cumplimiento de los ritos del culto —les aseguró—. Él sale al encuentro de todo aquel que esté dispuesto a recibirle...

Agricultores, pastores, artesanos y comerciantes, tanto judíos como romanos, atendían su discurso con interés. También mendigos y enfermos se acercaban, deseosos de que el Mesías cambiase sus vidas para siempre.

Mientras tanto, en la puerta de la sinagoga, los escribas y los maestros de la ley contemplaban el espectáculo, llenos de recelo y desconfianza. Su manera de entender las relaciones con Dios chocaba inevitablemente con el mensaje que aquel «iluminado» ofrecía.

—A través de mí y por el vínculo de unidad del Espíritu Santo, las puertas del Reino de los Cielos os serán abiertas...

En ese momento, la indignación de los defensores de la Torá se hizo patente:

— ¡Blasfemo! — murmuró uno de los doctores de la ley para los suyos. Y todos a su alrededor asintieron.

Las afirmaciones del nazareno entraban en conflicto directo con la interpretación que hacían de la ley judía los otros grupos religiosos, sobre todo saduceos y fariseos, lo que provocaba que Jesús se crease cada vez más enemigos.

— Yo soy la luz del mundo y el que me siga no andará en tinieblas, sino que tendrá luz de vida — comunicó Jesús a sus oyentes, provocando un nuevo murmullo entre los que se hallaban junto a la sinagoga.

Al principio, los seguidores del judaísmo sólo le habían considerado un mero embaucador y un sacrílego que violaba el descanso sabático, no respetaba el ayuno y compartía su mesa con los pecadores públicos. Pero pronto, al ver crecer su popularidad, se dieron cuenta de la amenaza que representaba aquel hombre que les desautorizaba y desafiaba su poder.

— Engaña al populacho haciéndole creer que es el Mesías profetizado — explicó uno de los escribas —. Y aunque pide a todos que cumplan la ley de Dios con plenitud, después les revela su sacrílego mensaje de salvación, la cual exigiría la formación de un nuevo Pueblo de Dios, supuestamente más perfecto y espiritual...

— Sí, pero eso no es lo peor — apostilló el doctor de la ley que había hablado inicialmente —. Ese impío corruptor de masas se atreve a afirmar que Dios es su propio Padre, haciéndose igual a Él; y dice de sí mismo que es el único perdonador de pecados, de manera que sólo a través de él se puede obtener la salvación.

— Es inadmisibile — coincidieron todos.

Jesús se dio cuenta de la presencia de la camarilla de fariseos que se había reunido para criticarle.

— Arrepentíos de vuestros pecados — dijo a sus seguidores — y no hagáis como esos que han desfigurado la palabra de Dios

y se han quedado en prácticas externas y rutinarias, sin una auténtica fe que guíe hacia una vida de renuncia — espetó, en clara alusión a sus detractores, sin darse cuenta de que, precisamente, declaraciones como éstas eran las que estaban provocando que sus enemigos hubieran empezado ya a conspirar para quitárselo de en medio.

Y por esa razón, los fariseos ni siquiera replicaron. Sabían que aún no era el momento de devolver el golpe. Ya tendrían su oportunidad...

— Amad a Dios sobre todas las cosas, como Él os ama a vosotros — siguió pregonando Jesús ese día en Cafarnaún, ajeno completamente a la conjura que se estaba fraguando en secreto contra él.

El Mesías y sus seguidores llegaron a una ciudad llamada Naín, un poblado situado cerca de Nazaret, a casi cuarenta kilómetros de Cafarnaún.

Una gran muchedumbre iba con él y sus discípulos, como si fuera una procesión. Y nada más llegar a la puerta de la ciudad, la comitiva dirigida por Jesús se encontró de frente con otra, encabezada por un joven muerto, seguida por su madre y numerosos vecinos que se habían solidarizado con la afligida mujer.

La propia María de Magdala se acercó a interesarse por el difunto y luego regresó al lado del Maestro para informarle:

— El fallecido es el único hijo de esa mujer, que además es viuda, y ahora ha perdido todo lo que le quedaba en la vida para su apoyo afectivo y su sostén, dejándola en la soledad más absoluta.

Jesús sintió lástima de la pobre señora.

— ¿Ha sido la lepra...? — quiso saber uno de los apóstoles.

— No. Al parecer, fue mordido en el cuello por un hombre que estaba poseído por los demonios — explicó María —. Estuvo varios días enfermo y, finalmente, murió.

Como se esperaba de él, el Salvador se aproximó a la mujer para ofrecerle consuelo en tan triste momento. Y, acto seguido, se acercó al féretro con el fin de bendecir y dar el último adiós al joven, tras perdonarle sus pecados.

Fue en ese instante cuando, de repente, el cadáver abrió los ojos, ante la atónita mirada de Jesús. Pero no eran ojos de vivo, sino de muerto. Unos ojos blancos, ciegos e inyectados en sangre, que parecían querer salirse de sus órbitas.

A pesar del sobresalto inicial, el nazareno comprendió que tenía ante sí una oportunidad que no podía desaprovechar. De modo que, con voz fuerte para que todos pudieran oírlo, ordenó:

— ¡Joven, a ti te digo: levántate!

El difunto, debidamente amortajado con vendas que le cubrían todo el cuerpo salvo el rostro, apenas podía moverse. No obstante, alzó los brazos y trató de incorporarse, haciendo que los que portaban el féretro casi lo dejaran caer al suelo del susto.

— ¡Ha resucitado! — se oyó exclamar a varias personas a la vez.

Todos creyeron que estaban ante un auténtico milagro...

«Ahora, aquellos que aún dudaban de mí ya no podrán hacerlo más», pensó Jesús.

El muchacho emitió un lastimero lamento y luego unos sonidos guturales, como si tratase de articular palabras.

— Hay que quitarle la mortaja — indicó María, dirigiéndose ya hacia él para ayudarlo.

El nazareno la detuvo, sabedor de que no era buena idea acercarse a lo que quiera que fuese aquello que había resucitado:

— Nuestra tarea aquí ya ha terminado — manifestó, tratando de aparentar la mayor tranquilidad posible—. Debemos proseguir nuestro camino.

Y, dicho esto, todos se pusieron en marcha.

Mientras se alejaban, pudieron escuchar cómo los aldeanos glorificaban a Dios y al Mesías. Lo que no llegaron a ver fue cómo el joven difunto, una vez liberado de su mortaja, la emprendía

a bocados con los lugareños, hiriendo a varios de ellos antes de entretenerse a devorar las entrañas de su propia madre.

Jesús sabía que la idea de un Dios cercano al hombre, capaz de ofrecer su misericordia a los pecadores, los marginados y los oprimidos, siempre agradaba a sus oyentes. Además, a su fama de sanador de enfermedades y exorcista de demonios se le había sumado la de resucitador de difuntos, lo que provocaba que cada vez hubiese más gente ansiosa por seguirle.

— Los ciegos recobran la vista, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen y los muertos son levantados — escuchaba decir a su alrededor —. En verdad es el Profeta que fue anunciado por Moisés.

Durante su sermón, volvió a lanzar sus reproches hacia aquellos, tanto judíos como gentiles, que habían convertido la oración en un hábito meramente externo y de cara a la galería.

— Debéis rezar en secreto y con sencillez — recomendó a la muchedumbre. Y a continuación, ofreció a todos el padrenuestro como ejemplo de oración sencilla para dirigirse al Ser Eterno que, según afirmaba, regía todo lo que existía —. Cuando oréis, decid: «Padre nuestro del Cielo, proclamamos tu nombre. Venga tu reino a nosotros y hágase tu designio, así como en el Cielo, también sobre la tierra. Danos hoy nuestro pan para este día; y perdónanos nuestras deudas, como nosotros también hemos perdonado a nuestros deudores. No nos dejes ceder a la tentación y líbranos del mal».

Como cada vez que escuchaba a Jesús, María se recreaba en sus palabras y sus gestos, mientras su corazón quedaba preso de pasión por él.

«¿Será pecado amarle como yo le amo? — se preguntó entonces —. Después de todo, él siempre insiste en que le amemos.»

Sin embargo, su pregunta no habría de obtener una respuesta.

«Es terrible lo que siento — reflexionó a continuación —, porque me muero por sus caricias y sus besos, pero sé que

nunca podré tenerlo, pues él es el Hijo de Dios, y yo, una simple mortal.»

Consciente de que su anhelo era imposible, resolvió seguir guardando su amor en secreto.

De camino hacia Jerusalén, el Maestro decidió parar en Betania, una aldea situada en la falda oriental del Monte de los Olivos. Allí vivían Lázaro, Marta y María, tres hermanos que eran muy amigos de Jesús y con los que realizaba frecuentemente sus oraciones. Su hogar se había convertido en aquellos meses en un lugar de hospitalidad y reposo para él y sus seguidores. Allí hallaba descanso y cariño tras las tensiones de su agitado apostolado.

Lázaro abrazó gozoso a Jesús y dio la bienvenida a los Doce, así como a sus discípulos más allegados, entre ellos María la magdalena y otras mujeres, como Juana, Susana o Salomé.

—Nuestra casa es vuestra casa —les recordó mientras pasaban al interior.

Marta, siempre cumplidora y hacendosa, comenzó a preparar comida y bebida para toda aquella gente, que llegaba agotada tras su largo periplo por tierras desérticas.

María, más joven que Marta, también era buena trabajadora, pues en las zonas rurales la mujer estaba acostumbrada a faenar duro, no sólo en el hogar, sino participando también en las tareas del campo, como el cuidado de las ovejas, la cosecha del grano o la elaboración del vino. Sin embargo, en esa ocasión, María se había sentado a los pies del Mesías y escuchaba sus palabras en lugar de ayudar a su hermana, que corría de acá para allá llevando bebida a los sedientos viajeros, haciendo más comida y arreglando las habitaciones. Finalmente, al verse desbordada, Marta se acercó a Jesús y, con la confianza que existía entre ellos, le preguntó:

—¿Qué te parece que mi hermana me deje sola con todas las tareas...? ¿Por qué no le dices que me ayude?

Él sonrió y, a continuación, replicó con dulzura:

—Marta, todos agradecemos tu esfuerzo. Pero ya tenemos bebida y comida suficientes. Estamos bien atendidos... Y lo demás puede esperar. Así que siéntate junto a tu hermana y escucha, pues esto es importante...

Marta calló un segundo y después asintió, avergonzada por interrumpir al Salvador para expresar su queja en vez de haber sabido valorar las prioridades. Tras remangarse el delantal, se sentó también en el suelo.

Jesús les advirtió entonces:

—Satanás está ahora entre los hombres, llevando a cabo su terrible plan. Es posible que intervenga para adulterar mis obras y ponerme en evidencia delante de todo el mundo... lo que sin duda aprovecharán mis enemigos para atacarme —les dijo, preocupado—. Así que os pido que no permitáis que salga victorioso en esto. Si el Diablo mete la mano y logra estropear de algún modo mi labor, os ruego que estéis siempre ahí para hacer ver a la gente la verdad. Y, sobre todo, no consintáis jamás que la historia se escriba desde una óptica falsa y se narren los hechos de forma equivocada, pues entonces vencería Satanás.

—Señor, confía en nosotros tus siervos —intervino Santiago—, que velaremos celosamente para que lo que se transmita sea siempre reflejo de tu divina bondad.

Algún tiempo después de la visita de Jesús a Betania, mientras éste predicaba al otro lado del río Jordán, Lázaro se dedicaba a llevar comida a los enfermos de lepra. Éstos eran excluidos de la sociedad por la ley de Moisés por ser impuros y por el peligro que existía de que transmitieran su impureza a los demás. De modo que los leprosos, desposeídos de sus bienes, estaban obligados a vivir fuera de la ciudad, alejados de la gente. Y Lázaro iba hasta allí para proporcionarles alimento, tanto para el cuer-

po como para el espíritu, ya que también les hablaba del poder salvador de Jesucristo.

En ello estaba ese día cuando, de repente, se acercó por detrás una niña de unos seis años, con apariencia más de muerta que de viva, y le mordió en la pierna, arrancándole un trozo de carne.

Lázaro reaccionó rápido y se apartó de ella, mientras los demás leprosos huían despavoridos.

Al ver sus ojos blancos y sin vida, dedujo que la pequeña estaba endemoniada y optó por escapar también, no sin esfuerzo.

A duras penas, logró llegar hasta su casa. Tambaleante, debilitado por la gran cantidad de sangre que había perdido, él mismo se vendó la herida y, a continuación, limpió todo lo que había ensuciado.

Cuando sus hermanas llegaron del mercado, no les contó nada del incidente para no preocuparlas. Simplemente, dijo que estaba cansado y se metió en la cama.

Al día siguiente, Marta fue a verlo a su habitación y descubrió con horror el terrible aspecto que presentaba: sus facciones parecían las de un muerto. Supo entonces lo que se avecinaba y comprendió que sólo había una persona en el mundo que pudiera salvar la vida de su hermano...

La nota que le había entregado el mensajero procedente de Betania contenía un sencillo mensaje: «Señor, el amigo al que tanto amas está enfermo».

Aquello fue un duro golpe para Jesús, pues en verdad apreciaba a su amigo y deseaba ayudar a su restablecimiento. Sin embargo, no estaba seguro de poder hacerlo... Y tampoco quería fracasar delante de Marta y María.

En esa ocasión, no se trataba de hacer creer a alguien que le había sacado algún demonio del cuerpo. No. Sin duda, se iba a enfrentar a una auténtica y grave enfermedad, y lo más probable era que nada se pudiera hacer al respecto.